



XIX

Don Robustiano Somoza, en cuanto asomaba Marzo, atribuía las enfermedades de sus clientes á la *Primavera médica*, de la que no tenía muy claro concepto; pero como su misión principal era consolar á los afligidos y solía satisfacerles esta explicación climatológica, el médico buen mozo no pensaba en buscar otra. La *Primavera médica* fué la que *postró en cama*, según don Robustiano, á la Regenta, que se acostó una noche de fines de Marzo con los dientes apretados sin querer, y la cabeza llena de fuegos artificiales. Al despertar al día siguiente, saliendo de sueños poblados de larvas, comprendió que tenía fiebre.

Quintanar estaba de caza en las marismas de Palo-

mares; no volvería hasta las diez de la noche. Anselmo fué á llamar al médico y Petra se instaló á la cabecera de la cama, como un perro fiel. La cocinera, Servanda, iba y venía con tazas de tila, silenciosa, sin disimular su indiferencia: era nueva en la casa y venía del monte. Mucho tiempo hacía que Anita no había tenido uno de aquellos impulsos cariñosos de que solía ser objeto don Víctor, pero aquel día, á la tarde, sobre todo al oscurecer, lloró ocultando el rostro, pensando en el esposo ausente. «¡Cuánto deseaba su presencia! sólo él podría acompañarla en la soledad de enfermo que empezaba aquel día.» En vano la Marquesa, Paco, Visitación y Ripamilán acudieron presurosos al tener noticia del mal; á todos los recibió afablemente, sonrió á todos, pero contaba los minutos que faltaban para las diez de la noche. «¡Su Quintanar! Aquel era el verdadero amigo, el padre, la madre, todo.» La Marquesa estuvo poco tiempo junto á su amiga enferma; le tocó la frente y dijo que no era nada, que tenía razón Somoza, la primavera médica... y habló de zarzaparrilla y se despidió pronto. Paco admiraba en silencio la hermosura de Ana, cuya cabeza hundida en la blancura blanda de las almohadas le parecía «una joya en su estuche.» Observó Visita que más que nunca se parecía entonces Ana á la Virgen de la Silla. La fiebre daba luz y lumbré á los ojos de la Regenta, y á su rostro rosas encarnadas; y en el sonreír parecía una santa. Paco pensó, sin querer, «que estaba apetitosa.» Se ofreció mucho, como su madre, y salió. En el pasillo dió un pellizco á Petra que traía un vaso de agua azucarada. Visita dejó la mantilla sobre el lecho de su amiga y se preparó á meterse en todo, sin hacer caso del gesto impertinente de Petra. «¿Quién se fiaba de criados? Afortunadamente estaba ella allí para todo lo que hiciera falta.»

«Por lo demás, tu Quintanar del alma hemos de

confesar que tiene sus cosas; ¿á quién se le ocurre irse de caza dejándote así!»

—Pero qué sabía él...

—¿Pues no te quejabas ya anoche?

—Ese Frigilis tiene la culpa de todo...

—Y quien anda con Frigilis se vuelve loco ni más ni menos que él. ¿No es ese Frigilis el que ingertaba gallos ingleses?

—Sí, sí, él era.

—¿Y el que dice que nuestros abuelos eran monos? Valiente mono mal educado está él... pero, mujer, si ni siquiera viste de persona decente... Yo nunca le he visto el cuello de la camisa... ni *chistera*...

Somoza volvió á las ocho de la noche; á pesar de la primavera médica, no estaba tranquilo; miró la lengua á la enferma, le tomó el pulso, le mandó aplicar al sobaco un termómetro que sacó él del bolsillo, y contó los grados. Se puso el doctor como una cereza... Miró á Visita con torvo ceño y echándose á adivinar, exclamó con enojo:

—¡Estamos mal!... Aquí se ha hablado mucho... Me la han aturdido, ¿verdad? ¡Como si lo viera... mucha gente, de fijo... mucha conversación!...

Entonces fué Visita quien sintió encendido el rostro. Somoza había adivinado. No sabía medicina, pero sabía con quien trataba. Recetó; censuró también á don Víctor por su intempestiva ausencia; dijo que un loco hacía ciento; que Frigilis sabía tanto de darwinismo como él de errar moscas; dió dos palmaditas en la cara á la Regenta, complaciéndose en el contacto; y cerrando puertas con estrépito salió, no sin despedirse hasta mañana temprano, desde lejos.

Visitación, mientras sentada á los piés de la cama devoraba una buena ración de dulce de conserva, aseguraba con la boca llena que Somoza y la carabina de Ambrosio todo uno. La del Banco creía en la medicina

casera y renegaba de los médicos. Dos veces la había sacado á ella de peligros puerperales una famosa matrona sin matrícula ni Dios que lo fundó. «Dí tú que todo es farsa en este mundo. ¡Cómo decir que estás peor porque se ha procurado distraerte! ¡animal! ¡qué sabrá él lo que es una mujer nerviosa, de imaginación viva! De fijo que si no estoy yo, aquí te consumes todo el día pensando tristezas, y dándole vueltas á la idea de tu Quintanar ausente; «que porque no estará aquí, que si es un buen marido, que ya no es un niño para no reflexionar... y qué sé yo; las cosas que se le ocurren á una en la soledad, estando mala y con motivo para quejarse de alguno.»

Ana estudiaba el modo de oír á Visita sin enterarse de lo que decía, pensando en otra cosa, única manera de hacer soportable el tormento de su palique. Á las diez y cuarto entró en la alcoba don Víctor, chorreando pájaros y arreos de caza, con grandes polainas y cinturón de cuero; detrás venía don Tomás Crespo, Frigilis, con sombrero gris arrugado, tapabocas de cuadros y zapatos blancos de triple suela. Quintanar dejó caer al suelo un impermeable, como Manrique arroja la capa en el primer acto del Trovador; y en cuanto tal hizo, saltó á los brazos de su mujer, llenándole de besos la frente, sin acordarse de que había testigos.

«¡Ay, sí! aquello era el padre, la madre, el hermano, la fortaleza dulce de la caricia conocida, el amparo espiritual del amor casero; no, no estaba sola en el mundo, su Quintanar era suyo.» Eterna fidelidad le juró callando, en el beso largo, intenso con que pagó los del marido. El bigote de don Víctor parecía una escoba mojada; con la humedad que traía de las marismas roció la frente de su esposa; pero ella no sintió repugnancia, y vió oro y plata en aquellos pelos tiesos que parecían un cepillo de yerbas hechas ceniza por la raíz y tostadas por las puntas.

También don Víctor opinó que «aquello no sería nada», pero de todos modos, lamentó en el alma no haber venido en el tren de las cuatro y media.

—Ya lo ves, Crespo, si hubiera obedecido á aquella corazonada. Sí señora —añadió dirigiéndose á Visita —que lo diga éste, no sé por qué se me figuró que debía volver más temprano á casa...

—Oh, sí, de eso esté Vd. seguro. Hay presentimientos—gritó la del Banco, que se disponía á narrar tres ó cuatro adivinaciones suyas.

—Pero éste tuvo la culpa...

Frigilis encogió los hombros y tomó el pulso á la enferma, que le apretó la mano, perdonándose todo. La verdad era que don Víctor había querido volver temprano... para no perder el teatro. Pero esto no se podía decir. Frigilis, en silencio, tuvo una vez más ocasión de negar la existencia de los avisos sobrenaturales.—Se había destocado y su cabello espeso, de color montaraz, cortado por igual, parecía una mata, una muestra de las breñas. Cerraba los ojos grises y arrugaba el entrecejo; le enojaba la luz, tropezaba con los muebles, olía al monte; traía pegada al cuerpo la niebla de las marismas y parecía rodeado de la oscuridad y la frescura del campo. Tenía algo de la fiera que cae en la trampa, del murciélago que entra por su mal en vivienda humana llamado por la luz... Y cerca de Ana nerviosa, aprensiva, febril, semejaba el símbolo de la salud queriendo *contagiar* con sus emanaciones á la enferma.—

Cuando quedaron solos marido y mujer, después de conseguir, no sin trabajo, que Visita renunciara á sacrificarse quedándose á velar á su amiga, Ana volvió á solicitar los brazos del esposo y le dijo con voz en que temblaba el llanto:

—No te acuestes todavía, estoy muy asustadiza, te necesito, estate aquí, por Dios, Quintanar...

—Sí, hija sí, pues no faltaba más...—Y solícito, cariñoso le ceñía el embozo de las sábanas á la espalda sonrosada, de raso, que él no miraba siquiera. Pero la Regenta notó luégo que su marido estaba preocupado.

—¿Qué tienes? ¿Tienes aprensión? Crees que estoy peor de lo que dicen... y quieres disimular...

—No, hija, no... por amor de Dios... no es eso...

—Sí, sí; te lo conozco yo; pues no temas, no; yo te aseguro que esto pasará; lo conozco yo; ya sabes cómo soy, parece que me amaga una enfermedad... y después no es nada... Ahora, sí, estoy muy nerviosa, se me figura á lo mejor que me abandona el mundo, que me quedo sola, sola... y te necesito á ti... pero esto pasa, esto es nervioso...

—Sí, hija, claro, nervioso.

Y sin poder contenerse se levantó diciendo:

—Vida mía, soy contigo.

Y salió por la puerta de escape.

—Á ver—gritó en el pasillo;—Petra, Servanda, Anselmo, cualquiera... ¿se llevó la perdiz don Tomás?

Anselmo registró las aves muertas, depositadas en la cocina, y contestó desde lejos:

—¡Sí, señor; aquí no hay perdices!

—¡Ira de Dios! ¡Pardiez! ¡Malhaya! ¡Siempre el mismo! Si es mía, si la maté yo... si estoy seguro de que fué mi tiro... ¡Es lo más vanidoso!... ¡Anselmo! oye esto que digo: mañana al ser de día, ¿entiendes? te *personas* en casa de don Tomás, y le pides de mi parte, con la mayor energía y seriedad, la perdiz, esté como esté, ¿entiendes? y que no es broma, y aunque esté pelada, que quiero que me la restituyan... *Suum cuique*.

Ana oyó los gritos, y se apresuró á perdonar aquella debilidad inocente de su esposo. «Todos los cazadores son así;» pensó con la benevolencia de la fiebre incipiente.

Volvió don Víctor y la sonrisa dulce, cristiana de su esposa, le restituyó la calma, ya que la perdiz no podía.

Hasta la una y media no *concilió el sueño* su mujer, y *entonces y sólo entonces*, pudo don Víctor disponerse á dormir.

Una vez en mangas de camisa ante su lecho, consideró que era un contratiempo serio la enfermedad de su queridísima Ana. «Él no estaba alarmado, bien lo sabía Dios; no había peligro; si lo hubiese lo conocería en el susto, en el dolor que le estaría atormentando; no había susto, no había dolor, luégo no había peligro. Pero había contratiempo; por de pronto, adiós teatro para muchos días, y aunque se trataba ahora de una compañía de zarzuela, que era un *género híbrido*, sin embargo, él confesaba que empezaba á saborear las bellezas suaves y sencillas de la zarzuela seria, y había encontrado noches pasadas, cierto *color local* en *Marina*, y *sabor de época* en *El Dominó Azul*, sin contar con los amores contrariados del *Juramento*, que eran cosa delicada. Pero ¿y la expedición con el gobernador de la Provincia, para inaugurar el ferrocarril económico de Occidente? ¿Y las partidas de dominó con el Ingeniero jefe en el Casino? ¿Y los paseos largos que necesitaba para hacer bien la digestión?» La idea de no salir de casa en muchos días, le aterraba... Se acostó de muy mal humor. Apagó la luz. La oscuridad le sugirió un remordimiento: «Era un egoísta, no pensaba en su pobrecita mujer, sino en su comodidad, en sus caprichos.» Y, como en desagravio, para engañarse á sí propio, suspiró con fuerza y exclamó en voz alta:

—¡Pobrecita de mi alma!

Y se durmió satisfecho.

Despertó con la cabeza llena de proyectos, como solía; pero de repente pensó en Ana, en la fiebre y se

llenó su alma de tristeza cobarde... «¡ Sabe Dios lo que sería aquello !» La botica, los jaropes que él aborrecía, el miedo á equivocarse las dosis, el pavor que le inspiraban las medicinas verdosas, creyendo que podían



ser veneno (para don Víctor el veneno, á pesar de sus estudios físico-químicos, siempre era verde ó amarillo), las equivocaciones y torpezas de las criadas, las horas de hastío y silencio al pié del lecho de la enferma, las inquietudes naturales, el estar pendiente de las palabras de Somoza, el hablar con todos los que quisieran enterarse de la misma cosa, de los grados de la enfermedad... todas estas incomodidades se aglomeraron en la imaginación de don Víctor, que escupió bilis repetidas veces, y se levantó lleno de lástima de sí mismo. Fué á la alcoba de su mujer y se olvidó de repente de todo aquello: Ana estaba mal, había delirado; no habían querido despertarle, pero la señora había pasado una noche terrible según Petra, que había velado.

Somoza llegó á las ocho.

—¿ Qué es? ¿ qué tiene? ¿ hay gravedad?

Don Víctor con las manos cruzadas, apretadas, convulso, preguntaba estas cosas delante de la enferma, que aunque aletargada, oía.

El médico no contestó. Recetó y salió al gabinete.

—¿ Qué hay? ¿ qué hay?—repetía allí Quintanar con voz trémula y muy bajo...—¿ Qué hay?

Don Robustiano le miró con desprecio, con odio y con indignación...

«¡ Qué hay! ¡ qué hay! eso pronto se pregunta»; don Robustiano no sabía lo que iba á haber, pero parecía algo gordo por las señas; esto pensó, pero dijo:

—Hay... que andar en un pié, tener mucho cuidado, no dejarla en poder de criadas, ni de Visitación que la aturda con su cháchara;... eso hay.

—Pero ¿ es cosa grave, es cosa grave?

—Ps... es y no es. No, no es grave; la ciencia no puede decir que es grave,... ni puede negarlo. Pero hijo, Vd. no entiende de esto... ¿ Se trata de una hepatitis? puede... tal vez hay gastro-enteritis... tal vez... pero hay fenómenos reflejos que engañan...

—¿ De modo que no son los nervios? ¿ Ni la primavera médica?...

—Hombre, los nervios siempre andan en el ajo... y la primavera... la sangre... la savia nueva... es claro... todo influye... pero Vd. no puede entender esto...

—No, señor, no puedo. En mis ratos de ocio he leído libros de medicina, conozco el Jaccoud... pero semejante lectura me daba ganas de... vamos, sentía náuseas y se me figuraba oír la sangre circular, y creía que era así... una cosa como el depósito del Lozoya, con canales, compuertas en el corazón...

—Bueno, bueno; por mí no disparate Vd. más. Hasta la tarde; si hay novedad, avisar. Ah, y no echarle encima demasiada ropa, ni dejar... que éntre Visitación... que la aturde. La ciencia prohíbe terminan-

temente que esa señora protectora de comadronas parteras, meta aquí la patal..

Cuatro días después, don Robustiano mandaba en su lugar á un médico joven, su protegido; creía llegado el caso de inhibirse; ya se sabía, él no podía asistir á las personas muy queridas cuando llegaban á cierto estado...

El sustituto era un muchacho inteligente, muy estudioso. Declaró que la enfermedad no era grave, pero sí larga, y de convalecencia penosa. No le gustaba usar los nombres vulgares y poco exactos de las enfermedades, y empleaba los técnicos si le apuraban, no por ridícula pedantería, sino por salir con su gusto de no enterar á los profanos de lo que no importa que sepan, y en rigor no pueden saber. Ello fué que Anita creyó que se moría, y padeció aún más que en el tiempo del mayor peligro, cuando empezaron á decirle que estaba mejor. Al saber que había pasado seis días en aquella torpeza con intervalos de exaltación y delirio, extrañó mucho que se le hubiese hecho tan corto aquel largo martirio.

La debilidad la tenía aún más que rendida, exaltada y vidriosa. Todo lo veía de un color amarillento pálido; entre los objetos y ella, flotaban infinitos puntos y circulillos de aire, como burbujas á veces, como polvo y como telarañas muy sutiles otras: si dejaba los brazos tendidos sobre el embozo de su lecho y miraba las manos flacas, surcadas por haces de azul sobre fondo blanco mate, creía de repente que aquellos dedos no eran suyos, que el moverlos no dependía de su voluntad, y el decidirse á querer ocultar las manos, le costaba gran esfuerzo. Sus mayores congojas eran al tomar el primer alimento: unos caldos insípidos, desabridos, que don Víctor enfriaba á soplos, soplando con fe y perseverancia, dando á entender su celo y su cariño en aquel modo de soplar. El ideal del caldo,

según Quintanar, nunca lo *realizaban* las criadas de Vetusta. De esto hablaba él, mientras Ana sentía sudores mortales que parecían sacarle de la piel la última fuerza, y hasta el ánimo de vivir. Cerraba los ojos, y dejaba de sentirse por fuera y por dentro; á veces se le escapaba la conciencia de su unidad, empezaba á verse repartida en mil, y el horror dominándola, producía una reacción de energía suficiente á volverla á su *yo*, como á un puerto seguro; al recobrar esta conciencia de sí, se sentía padeciendo mucho, pero casi gozaba con tal dolor, que al fin era la vida, prueba de que ella era quien era. Si don Víctor hablaba á su lado, sin querer Ana seguía entonces el pensamiento de su esposo, y contra su deseo, la atención se fijaba en los juicios de Quintanar, y la inteligencia les aplicaba rigurosa crítica, un análisis sutil y doloroso para la enferma, que al pulverizar á pesar suyo las sinrazones del marido, padecía tormento indescriptible, en el cerebro, según ella.

Veía al médico muy preocupado con el *tronco* y sin pensar en los dolores inefables que ella sentía en lo más suyo, en algo que sería cuerpo, pero que parecía alma, según era íntimo. Todos los días había que palpar el vientre y hacer preguntas relativas á las funciones más humildes de la vida animal; don Víctor, que no se fiaba de su memoria, siempre reloj en mano, llevaba en un cuaderno un registro en que asentaba con pulcras abreviaturas y con estilo gongorino, lo que al médico importaba saber de estos pormenores.

Mientras duró el temor de la gravedad, el amante esposo no pensó más que en la enferma y cumplió como bueno; si era á veces importuno, descuidado, ó poco hábil, era sin conciencia. Después empezó á aburrirse, á echar de menos la vida ordinaria, y exageraba al decir las horas que pasaba en vela. Para resistir mejor su cruz, decidió tomarle afición al oficio de en-

fermero y lo consiguió: llegó á ser para él tan divertido como hacer pórticos ojivales de marquetería, el preparar menjerges y pintarle el cuerpo á su mujer con yodo; soplar y limpiar caldos y consultar el reloj para contar los minutos y hasta los segundos; operación en que llegó á poner una exactitud que impacientaba á Petra y á Servanda. Esperaba con afán la visita del médico, primero para hacerse decir veinte veces que Ana iba mejor, mucho mejor, y además, para gozar con la conversaci6n alegre, agena á todas las enfermedades del mundo, que seguía á la parte facultativa de la visita. El sustituto de Somoza no era hablador, pero se divertía oyendo á Quintanar, y éste llegó á profesar gran cariño á Benítez, que así se llamaba. El contraste de los cuidados vulgares, insignificantes; de la alcoba estrecha y llena de una atm6sfera pesada; de la vida mon6tona de casa, con los grandes intereses de la Europa, la guerra de Rusia, el aire libre, la última zarzuela, encantaban á don Víctor, que llevaba la conversaci6n á cosas frescas, grandes y de muchos accidentes. También le gustaba discutir con Benítez y sondearle, como él decía. Uno de los problemas que más preocupaban al amo de la casa, era el de la pluralidad de los mundos habitados. Él creía que sí, que había habitantes en todos los astros, la generosidad de Dios lo exigía; y citaba á Flammarion, y las cartas de Feijoo y la opini6n de un obispo inglés, cuyo nombre no recordaba «Mister no sé cuantos,» porque para él todos los ingleses eran Mister.

Desde que el médico declaró que la mejoría, aunque lenta, sería continua probablemente, Quintanar, muy contento, no permitió que se dudase de aquella no interrumpida marcha en busca de la salud. Su egoísmo candoroso, pero fuerte, estaba cansado de pensar en los demás, de olvidarse á sí mismo, no quería más tiempo de servidumbre, y si Ana se quejaba, su mari-

do torcía el gesto, y hasta llegó á hablar con voz agri-dulce de la paciencia y de la formalidad.

—No seamos niños, Ana; tú estás mejor; eso que tienes es efecto de la debilidad... no pienses en ello... es aprensión, la aprensión hace más víctimas que el mal. Y repetía infaliblemente la parábola del cólera y la aprensión.

La idea de una recaída, de un estancamiento siquiera, le parecía subversiva, una maquinaci6n contra su reposo. «Él no era de piedra. No podría resistir...»

Ya no tenía compasi6n de la enferma; ya no había allí más que nervios... y empezó á pensar en sí mismo exclusivamente. Entraba y salía á cada momento en la alcoba de Ana; casi nunca se sentaba, y hasta llegó á fastidiarle el registro de medicinas y demás pormenores íntimos. El médico tuvo que entenderse con Petra. Quintanar inventaba sofismas y hasta mentiras para estar fuera, en su despacho, en el Parque. «¡Qué gran cosa eran el Arte y la Naturaleza! En rigor todo era uno, Dios el autor de todo.» Y respiraba don Víctor las auras de abril con placer voluptuoso, tragando aire á dos carrillos. Volvió á componer sus maquinillas, soñó con nuevos inventos, y envidió á Frígilis la aclimataci6n del Eucaliptus glóbulus en Vetusta.

La Regenta notó la ausencia de su marido; la dejaba sola horas y horas que á él le parecían minutos. Cuando las congojas la anegaban en mares de tristeza, que parecían sin orillas, cuando se sentía como aislada del mundo, abandonada sin remedio, ya no llamaba á Quintanar, aunque era el único ser vivo de quien entonces se acordaba; prefería dejarle tranquilo allá fuera, porque si venía le hacía daño con aquel desdén gárrulo y absurdo de los padecimientos nerviosos.—

Una tarde de color de plomo, más triste por ser de primavera y parecer de invierno, la Regenta, incorpo-